

- BADIOU, A. (1998) *Abrégé de métapolitique*. París: Seuil.
- BONNAFOUS, S. (1995) *Langages* 117. París: Larousse.
- CHARAUDEAU, P. (1995) "Le dialogue dans un modèle de discours", *Cahiers de linguistique française* 17, 141-178. Ginebra: Université de Genève.
- (1997) *Discours d'information médiatique. La construction du miroir social*. París: Nathan-Ina.
- (2001) "De la compétence sociale de communication aux compétences de discours" en *Didactique des langues romanes. Le développement de compétences chez l'apprenant* de L. Colles et al. (eds.). Louvain-la-Neuve: DeBoeck-Duculot.
- FOUCAULT, M. (1969) *L'Archéologie du savoir*. París: Gallimard.
- HABERMAS, J. (1987) *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Taurus.
- MALDIDIER, D. (ed.) (1990) *L'inquiétude du discours*. Textes de Michel Pêcheux, choisis et présentés par D. Maldidier. París: Éditions des Cendres.
- PÊCHEUX, M. (1990 [1977]) "Remontons de Foucault à Spinoza" en D. Maldidier (ed.), *L'inquiétude du discours*. París: Éditions des Cendres.
- VAN DIJK, T. (1994) "Discurso, poder y cognición social", *Cuadernos* nº 2. Universidad del Valle.

#### ABSTRACT

*This article considers discourse analysis in the framework of action and power and in the context of communication, taking into account the three different instances in which politics appears: media, citizenship and the political.*

Patrick Charaudeau es profesor de Ciencias del Lenguaje en la universidad de Paris-XIII. Dirige el Centro de Análisis del Discurso que trabaja en estrecha relación con la Inateca de Francia, en sus ateliers de investigación. Coordina numerosos proyectos de cooperación científica para el estudio del funcionamiento de los medios con diferentes universidades europeas y latinoamericanas. Entre sus obras: en colab. *La Télévision. Les débats culturels "Apostrophes"* (París: Didier Erudiction, 1991); *La parole confisquée: un genre télévisuel, le talk-show* (París: Dunod, 1997); *Paroles en images, images en paroles. Trois talk-shows européens* (París: Didier Erudiction, 1999). De próxima aparición en Gedisa: *Le discours d'information médiatique. La construction du miroir social* (París: Nathan, 1997). E-mail: pcharaudeau@wanadoo.fr

#### PÚBLICO/PRIVADO/POLÍTICO: RECONFIGURACIONES CONTEMPORÁNEAS

LEONOR ARFUCH

El propósito de este trabajo es el de realizar una indagación crítica, desde una perspectiva semiótico/cultural, en torno a los significantes que estructuran este número temático, para analizar su funcionamiento en el horizonte de la actualidad. Para ello, y en primer lugar, me gustaría interponer, en esa conjunción de los dos términos, la disyunción de un tercero, a la manera peirceana, que vendría a perturbar la contigüidad, la mutua implicación, la tranquila pertenencia de los primeros a un mismo campo semántico. Un tercero entonces no como simple diferencia sino como intromisión, intervalo, *in between*: el espacio de lo *privado*, cuya configuración contemporánea involucra tanto el espacio público como el discurso político.

En efecto, lejos de aquella oposición fundante de la modernidad, de ese umbral hipotético que separaba las esferas de lo público y lo privado, delimitando nítidamente las incumbencias, prácticas y sujetos genéricos propios de cada espacio, el escenario actual de lo público ofrece tal simultaneidad de ocurrencias, tal hibridación formal y temática, que ambas esferas son prácticamente indiscernibles.

Pero si bien podría afirmarse que este "desliz" de lo privado en lo público —siempre al borde de la obscenidad—, que viene agudizándose en las últimas décadas, está en estrecha relación con el despliegue tecnológico/mediático, su condición paradójica ya había sido advertida mucho antes: el hecho de

que el espacio de la interioridad, aquello “privado” que iba transformándose en la naciente intimidad del sujeto moderno, sólo podía tener existencia a través de su mostración pública. El siglo XVIII vio así el surgimiento de la escritura autógrafa, los géneros autobiográficos –autobiografías, diarios íntimos, memorias, correspondencias–, la novela en primera persona, retratos de ese yo incipiente garante de verdad, que Rousseau afirmaría, paradigmáticamente, tanto en sus *Confesiones* como en su filosofía.

Es Jürgen Habermas (1994), en su estudio ya clásico sobre la conformación del espacio público burgués, la célebre *public opinion* que daría lugar a la institucionalización de la democracia, quien distingue con claridad el papel determinante del “raciocinio literario” –es decir, de la conversación pública que tenía lugar en los cafés, salones, clubes, “casas de refrigerio”, en torno a esas recientes escrituras, muchas de ellas, como la *Pamela* de Richardson, devenidas best sellers– que, indisociable del “raciocinio político”, más centrado en los asuntos del Estado, delinearía a un tiempo la doble condición del individuo como “dueño” de una subjetividad y como ciudadano.

La sensibilidad de lo privado fue así constitutiva de un espacio público que, en el transcurso de dos siglos, se afirmaría como el lugar por excelencia de conjunción de lo social y lo político, escenario obligado del ejercicio de la visibilidad democrática, de la disputa por los usos, bienes e intereses comunes, de la institucionalización de las reglas de convivencia y habitabilidad. Pero hay todavía otra incumbencia a su cargo: la de la visibilidad de lo privado en tanto construcción de subjetividad, esa modelización de las conductas y de los sentimientos que está en la base del orden social, y cuya gran narrativa, desde aquellas lejanas formas autobiográficas, fue asumida prioritariamente por los medios y luego por el despliegue sin pausa de la mediatización.<sup>1</sup>

### 1. DE LA INTIMIDAD PÚBLICA

Así, el nuevo espacio público de la globalización, con sus “teletecnologías”, su “artefactualidad” –el hecho de que la “realidad” sea incontestablemente un producto altamente ficcionalizado y digitalizado– (Derrida 1996), aparece como un universalismo que tiende a hegemonizar, de un extremo a otro del planeta, ritos y prácticas, hábitos y consumos. Y, en tanto avanza sin límites sobre la esfera de la intimidad, supone además la resolución de la vieja paradoja: si aun los sentimientos más privados debían mostrarse –para existir– bajo la luz pública de la *apariencia*, en esa “devoración” de lo íntimo por lo social típica del mundo burgués (Arendt 1974), no se tratará ya de la di-

cotomía entre ambos espacios sino de su solidaridad y hasta su oxímoron: la afirmación irrestricta de lo íntimo/privado en tanto *intimidad pública*.

No es difícil reconocer, en el escenario de la actualidad, las consecuencias del giro que marcará “un grado más” de esa devoración. En efecto, el *reality show*, nuevo género o fuera de género que despuntó en la década de 1990 como una intromisión brutal en el espacio privado, doméstico, de las vidas comunes, traía consigo no solamente la apuesta de un crudo testimonio de “veracidad”, sino además, la negación de la ficcionalización, la pretensión de “vida en directo”, de acceso posible al acontecimiento en estado “puro”.

Esta estrategia de veridicción puede adoptar múltiples modalidades: reconstrucción de los hechos “tal como sucedieron” con sus protagonistas “en la vida real” o con actores, narración ficcional pero con nombres y sucesos reales, presentación del propio caso en entrevistas ante cámaras o micrófono, combinación entre testimonio y sketch, entre dramatización e imágenes documentales, etc. La diversidad de los temas y personajes tiene sin embargo denominadores comunes: se trata siempre de situaciones límite, desavenencias familiares o vecinales, crisis, accidentes, crímenes, desapariciones, cuyos protagonistas, el hombre o la mujer común, orillan la franja incierta entre “normalidad” y exclusión.<sup>2</sup>

Esta intrusión que propiciaba el *reality show* parecía desdecir y a la vez complementar el “destape” que en los años ochenta había sacudido nuevamente el acartonamiento de las costumbres, exaltando, después del declive de los ideales y sujetos colectivos –esa ilusión de la revolución que había alimentado las grandes gestas de la década anterior, del legendario Mayo francés en adelante–, la primacía del mundo privado, el hedonismo y el disfrute individual. Lo desdecía en términos de la divergencia de las “vidas modelo” ofrecidas aquí y allí, no ya la búsqueda del “sí mismo” a través de los placeres del cuerpo y/o del alma, como en el “destape”, sino la mostración de la miseria, la desdicha, la infelicidad o la trivialidad, como en el *talk show*. Lo complementaba, en tanto reafirmación por otros medios del “estado terapéutico”, es decir, de esa dimensión, profundamente institucionalizada, en la cual se nos prescribe, tutorea, monitorea, se nos *vigila* simbólicamente –a través de los medios, la legislación, la escuela, las campañas de prevención, la salud pública, etc.– en la alimentación, la dieta, la salud, la sexualidad, los consumos, los límites y los excesos, en definitiva, en todos los órdenes relevantes de la vida.<sup>3</sup>

Es esta vigilancia sobre lo privado –y no sólo la tendencia al exhibicionismo y la obscuridad, que producen por cierto grandes réditos económicos– lo que opera, quizá prioritariamente, en la última versión del *reality show* o “tevé-real”: el experimento de cámara perpetua sobre la conducta de seres humanos transformados en conejillos de Indias, encerrados en islas “solitarias”

o casas fantasmales, llevados al límite del tedio –propio y ajeno–, a la minucia de la irrelevancia, a la peripecia de la “supervivencia” en la pantalla que desatará pasiones y mezquindades ante el ojo atento del espectador o con su directa participación. Desde aquella representación “políticamente correcta” de las diferencias en el programa pionero de la MTV *The real world* (1997) –un *casting* “equitativo” respecto del color, la orientación sexual, el género, la procedencia, conviviendo en una casa bajo cámaras continuas– a las réplicas actuales –y globales– de *Big Brother*, no sólo se especula con la novedad del “tiempo real” en pantalla, con la pulsión escópica del detalle o el súbito desencadenamiento de una situación, sino también se ofrece un menú de las diversas narrativas identitarias, más allá de la “representatividad” que se les quiera otorgar.

En el escenario de la Argentina compiten actualmente tres programas de estas características: el autóctono *Gran Hermano*, encierro de diversos personajes en una casa sin contacto con el exterior; *El bar*, donde el grupo atiende un bar –al cual la gente puede ir y verse entonces, incluso en actitudes íntimas, en televisión– y convive en una casa aledaña, bajo el ojo de la cámara en uno y otro sitio, y *Expedición Robinson II*, donde los afortunados, seleccionados en un amplio *casting*, reviven la aventura de la isla desierta en el Caribe sometidos diariamente a “pruebas” físicas de destreza y resistencia, donde acumularán puntos, enconos y adhesiones.

En los tres casos se irá evidentemente más allá de la caución de la imagen, del acecho –de la cámara, del ojo del espectador– sobre el menor movimiento que revele algo de la intimidad del cuerpo o del espíritu, a una especie de muestrario “sociológico” de gestos y actitudes, de adecuación o infracción a normas de convivencia o de buen gusto, en definitiva, a una especie de “radiografía” de las conductas esperadas, esperables o reprobables. Pero incluso, y este es quizás el costado perverso de la cosa, en tanto deberán ser elegidos cada semana por sus compañeros –y también, por supuesto, por el espectador– para permanecer o para irse de la competencia, habrán de desplegar las estrategias más adecuadas para la supervivencia hasta el final –recompensada por una buena suma de dinero–, que tendrán muy poco que ver con la realización de “buenas acciones”. Se dará más bien una sorda transacción de mediocridades y obsecuencias, de rivalidades y envidias, que distan mucho, en los tiempos que corren, de estimular una imagen equitativa del otro –como las políticas de la diferencia quieren afirmar– o de fortalecer los alicaídos lazos de solidaridad en la “aldea global”.

Si hay aquí algún aporte para la curiosidad científica –más allá de los mecanismos de construcción de subjetividad mediática– podría estar dado justamente por la “representatividad”, seguramente no buscada, de los perso-

najes en cuanto a sus propias estrategias identitarias en el opaco horizonte presente y futuro de nuestra “globalización periférica”: jóvenes, desocupados, buscavidas o algo fracasados, sin demasiada experiencia ni un norte demasiado definido, bien imbuidos de los estereotipos del discurso social. Sexistas, moderadamente xenófobos u homofóbicos, con dosis tolerables de violencia, debilidad o irreflexión, de saberes, astucias y desconocimientos. Como cualquiera de los de “este lado” de la pantalla.

¿Cómo interpretar esta cualidad excedente del espacio público contemporáneo, este suplemento a lo ya conocido, a las narrativas, más o menos canónicas, de la identidad personal? Porque el eminente sociólogo Norbert Elias (1987, 1991), en su magno estudio sobre el “proceso de civilización”, ya había descubierto que el “refugio” de la intimidad, espacio alternativo y complementario de la vida en sociedad, estaba sometido a las mismas presiones y restricciones que esta última, y que la exhibición pública de las conductas guardaba relación directa con el afán modelizador, el mecanismo de control y *autocontrol*. Dicho de otro modo, cuanto mayor era la liberalización de las costumbres –y por ende, su despliegue público– más se acentuaba la necesidad de impulsar su autogestión, la presión social para lograr un “altamente controlado descontrol”. Esta dialéctica de liberalización/represión podría ser una hipótesis al respecto.

Pero la ampliación mediática del espacio público centrado en las vidas comunes ofrece, además, otras interpretaciones posibles. En primer lugar, y como se ha señalado oportunamente (Arfuch 1994, 1996; Tabachnik 1997; Amiel et al. 1993), la toma de partido sobre la desventura del desvalido, el marginalizado, el pobre –héroes por excelencia del *reality show*, por lo menos, en sus primeras versiones– remite a un nuevo lugar de la televisión, que se plantea, en el ocaso del Estado de Bienestar, como más sensible, eficiente y resolutiva que las propias instituciones. Así, será capaz de proveer empleos, justicia, restituciones de seres queridos, perdones, realización de sueños y deseos, toda una panoplia de logros –en directo, bajo la cámara– que harán tanto a la moraleja necesaria en términos de las virtudes deseables de la época como a su pretensión de protagonismo como “primer” poder.

Por otra parte, el interés en las vidas comunes en tanto peripecias “en directo”, más allá del testimonio o la dramatización, es decir, de los géneros clásicos de la información y de la ficción, también podría remitir a la necesidad identificatoria con un otro próximo, semejante, ya sea por la alternancia necesaria con las vidas famosas –cada vez más inalcanzables en el reparto de la desigualdad– ya por la emergencia misma de la pluralidad como rasgo constitutivo de nuestras sociedades.

Sin embargo, no son estas formas, aunque muy llamativas en el mo-

mento actual, las únicas que manifiestan un énfasis, quizá desmedido, en la privacidad. En un amplio espacio que podríamos llamar *biográfico* por su insistencia en lo vivencial, se despliegan múltiples tendencias, formas y géneros, desde los canónicos de la literatura (autobiografías, biografías, memorias, diarios íntimos, correspondencias) a sus numerosas variables, del testimonio a la autoficción (escritas, filmicas, televisivas, de la experimentación escénica y de las artes plásticas, etc.). Así, el *reality show* se encuentra con la ficción (auto)biográfica o el *reality painting*, con las manifestaciones de la vida privada del autor/actor/artista plástico, ya sea en su propia obra (objetos personales, recuerdos, fotografías, cartas) o en sus declaraciones, en las entrevistas que harán de esa figura esquiiva del narrador/creador/pensador –cuya distancia de la propia “biografía” fuera enfatizada por la teoría literaria– un ser de “carne y hueso”. Se invierte así el camino desde la obra o el texto hasta esa instancia de autenticación de la autoría que debía hacerse cargo, aun del terreno inquietante de la ficción, con su propia experiencia de vida.

Fenómeno que por cierto no es nuevo, más bien parecería coronar, en una elipsis perfecta, aquella inquietud de la interioridad que convocó al “raciocinio literario” en los albores del espacio público. Lo que quizás hace a su diferencia, a su innegable exacerbación contemporánea, es justamente la infracción de los límites *junto* a su extensión sin límites, a su proliferación continua en la escena global. Es la revolución tecnológica, con su increíble capacidad de “hacer presente” –aun en la imposibilidad constitutiva de la presencia que señaló Derrida– la que ofrece los dispositivos que alimentan la ilusión de la pantalla total, la visibilidad continua, la vida en directo, la caución del sujeto en su corporeidad, que sobrevive a la desmaterialización de la imagen.

## 2. POLÍTICA Y PERSONALIZACIÓN

Y es en esta caución hipotética del sujeto, en la acechanza sobre sus mínimos gestos, palabras, crispaciones del cuerpo, en la búsqueda de la verdad fisiognómica, de la “rostridad”, donde quizá pueda establecerse el nexo más estrecho entre la privacidad –la intimidad– pública y la política. Porque, y sin pretensión de ser exhaustivos, el dilatado proceso que lleva a la sociedad de la comunicación podría homologarse al que conduce a la *personalización* de la política, a la imposición publicitaria –y no publicística– de la imagen del candidato o funcionario en su “carisma”, sus dotes personales, su cuerpo como objeto reactivo y sensible al ojo de la cámara, y sobre todo como *revelador* de una verdad del sujeto, de una “profundidad” a flor de piel, expuesta

en el rictus, la mueca, la sonrisa, todo aquello indeseado –y quizás indeseable– que ningún autocontrol puede efectivamente controlar.<sup>4</sup> Sucede que la idea del valor de la proximidad, tan antigua y acendrada, que se identifica a su vez con la escena emblemática de la comunicación “cara a cara”, es también la idea de la posibilidad de “leer” (y por ende, de *saber*) los sentimientos, la afectividad, las pasiones,<sup>5</sup> las intenciones, la “clase de persona” de que se trata, más allá de las palabras realmente pronunciadas. Y esta convicción es quizá la que alienta en el ver y el creer aun cuando desfallezca –como la política muestra todo el tiempo– la eficacia del decir.

Esta problemática, que apenas esbozamos, es indisociable de la creciente relevancia que la vida privada asume en el espacio público político. La insistencia en la biografía, el relato autorreferencial, el anecdótico, la vida familiar, como por otra parte la persecución de la cámara sobre el desliz, el aflojamiento del ceremonial, la escena íntima, van más allá de un mero voyeurismo estimulado por la investidura –vieja práctica que da de comer tanto a los *papparazzi* como al *gossip*– para involucrar más seriamente el funcionamiento mismo de la política. Se trata de un debate que concierne al debilitamiento de lo programático, a la difuminación de las identidades políticas tradicionales, tanto de los partidos como de los candidatos –actores, músicos, deportistas, que trasvasan su celebridad a un nuevo campo–, a la crisis de representación –y de lo *representable*–, a las formas actuales de la comunicación entre gobernantes y gobernados. Cuestión que también afecta a las nuevas modalidades de aquello que quiere constituirse como “opinión pública” –sin el decisivo componente del “raciocinio” burgués– a través de las encuestas y sondeos del “marketing político”, que vendrían a restituir, y hasta a reemplazar, una supuesta “voluntad popular”, extremadamente volátil e insuficientemente expresada en el voto.

Esta pérdida del espacio público político en sus términos canónicos –como es vista por distintos críticos– lo es también del *discurso político*, tal como estamos habituados a considerarlo. Cada vez menos la alocución –en la conferencia de prensa, el parlamento, la “cadena”, el acto político– marca el rumbo de los acontecimientos, salvo en el caso de anuncios significativos. Nos habituamos más bien a “ver” diariamente a candidatos y funcionarios en el ruedo televisivo, en paneles y mesas de debate donde parecen equipararse las investiduras –a veces, con las del periodista/conductor–, en el batiburrillo de las voces que suenan todas a un tiempo, demostrando en los hechos la imposibilidad constitutiva del “consenso”, o bien, asaltados por la cámara en lugares de paso –entradas, halls, pasillos, puertas de vehículos– que se transforman así de “no lugares”, como diría Marc Augé, en soportes espaciales de significación.

Sólo la entrevista —y en particular, la escrita— parece dar respiro a la palabra política, conclusividad a la frase y un cierto orden temático, pero entonces no “estamos allí”, y sabemos que es el entrevistador quien tiene el poder de la edición, además del medio en cuestión... (Arfuch 1995). También en el plano discursivo la vuelta sobre la privacidad deja su huella: no se tratará solamente de introducir nuevos contenidos en viejas formas —como sería, por ejemplo, el súbito giro hacia lo íntimo en una entrevista política “canónica”— sino más bien de trasponer, de subvertir, de insertar la palabra política —que precisamente dejará de serlo aunque nunca del todo— en las variantes múltiples del espectáculo.

La difuminación del discurso político en otros géneros es así consecuente con la expansión de la política misma a otras áreas de lo social: las demandas sectoriales, las protestas, las reivindicaciones particulares, los “nuevos movimientos sociales” que pugnan por la afirmación identitaria y el reconocimiento a través de una lucha hegemónica.<sup>6</sup> Aquí también es decisiva la mostración de peripecias y protagonistas, en una pantalla que, si bien rehúye en este punto la “perpetuidad”, aspira igualmente a acortar la distancia del acontecimiento. La configuración de identidades colectivas —registro sin duda relevante de la mediatización— aparece así, en contraposición a la morosidad sobre el individuo del *reality show*, marcada por un *timing* disruptivo, por un ritmo callejero —convenientemente manipulado en estudios— donde se privilegia la disputa, el calor, y el color, de la consigna y de la denuncia. Casi un género en sí mismo que no puede faltar en ningún noticiario —local o global— y que, más allá de la intencionalidad del medio en cuestión y de su contingencia, exhibe la cualidad esencialmente conflictiva de la política.

### 3. ¿HACIA UN NUEVO ESPACIO PÚBLICO?

Vista en esta perspectiva, que aúna enfoques semiótico/culturales y elaboraciones de la teoría política, la relación entre lo público/político y lo privado dista mucho de toda partición dicotómica. Se tratará más bien de espacios que se intersectan sin cesar, en una y otra dirección: no sólo lo íntimo/privado saldrá de cauce invadiendo territorios ajenos sino que también lo público, en sus viejos y nuevos sentidos, tampoco alcanzará todo el tiempo el estatuto de la visibilidad; más bien, y como se ha señalado reiteradamente, podrá replegarse, de modo insondable, bajo la misma luz de la sobreexposición. Esta dinámica —que a veces se transforma en una dialéctica— conspira contra todo contenido “propio” y asignado. Los temas —y sus forma-

tos—, las personas y los personajes, serán entonces públicos o privados, según las circunstancias y los modos de su construcción.

Pero además, público y privado no se dirimen únicamente en el estatuto de la visibilidad. Está también el otro componente, el de los *intereses* —públicos y privados—, el rango que asumen los asuntos públicos, no sólo en cuanto a su circulación en los medios sino como incumbencias obligadas de un sentido de civilidad. ¿Cuánto de lo público se ha difuminado en el desinterés de una ciudadanía anómica, en la indecisión crónica y el escepticismo respecto de la política, por más que se lo muestre hasta el cansancio? ¿Cuánto de la famosa crisis de representación incide, tanto o más que la intimidad mediática, en el imaginario y la cultura política de una época? Porque, en verdad, el retiro al ámbito privado, a un “privatismo” de la vida entendida sólo —o prioritariamente— como la satisfacción de los intereses individuales es un proceso de larga data, que despertó ya en los tempranos años setenta airadas críticas, y que sólo parece ir acentuándose en el momento actual.

Es que, pese a esa conflictividad de la demanda que muestran las pantallas —para algunos, el rasgo constitutivo de la democracia—, hay una ausencia, un silencio de la política, en tanto renuncia a la deliberación y ciego acatamiento a las decisiones ya tomadas —también silenciosamente— en otro lugar, decisiones de la economía globalizada que conciernen sólo a la gestión de los costos y escasos beneficios del lugar relativo en el reparto mundial. Lugar que para nuestros países latinoamericanos —y para la Argentina en particular, y tristemente— parece limitarse al de eternos deudores —desaparecidas ya las “riquezas” reales y simbólicas de sus mitos fundacionales—, que pugnan por plazos y beneplácitos mientras se acentúa la miseria interna y el abismo de la desigualdad, contracara obligada de la supuesta homogeneidad de accesos y consumos de la globalización.

Así, quizá la escalada de lo íntimo/privado que prospera en la sociedad de la comunicación —cosechando audiencias de cifras impensables—, pueda leerse también como *respuesta* —fuera de toda intencionalidad o dirección, sino en la complejidad dialógica del discurso social (Bajtín 1982)— a los desencantos de la política, al desamparo de la escena pública, a los fracasos del ideal de igualdad, a la monotonía de las vidas “reales” que se ofrecen al gran número, que hasta parecen despojadas de los derechos elementales de ciudadanía.

Y al mismo tiempo, si la exaltación pública del individualismo que lideran los medios redundará finalmente en la desarticulación de lazos sociales y tiende a afianzar el imperio del mercado —del deseo— y la utopía consumista, sin embargo también puede abrir camino a identificaciones grupales, al despliegue de una mayor autonomía, en definitiva, a una nueva intimidad, no

sólo bajo el primado pedagógico, sino como terreno de manifestación de *políticas de la diferencia*, que rechazan el modelo único de las vidas felices —el matrimonio heterosexual, reproductivo— y amplían el espectro de lo decible y lo mostrable.

Es quizás en esta disyunción paradójica de los términos, nunca saturables, en la renuncia a las dicotomías, en la aceptación de la indecidibilidad —como posibilidad de múltiples y contrapuestas variables explicativas—, en la polémica, en el *desacuerdo* (Rancière 1996) más que en el consenso, en atención a lo mediático pero sin olvidar lo que pasa por fuera del rectángulo mágico —que también “existe”—, donde convenga leer hoy críticamente, dentro del complejo escenario de la actualidad, la tríada de lo público, lo privado y lo político.

#### NOTAS

1. Remitimos al concepto, ampliamente desarrollado por Eliseo Verón a comienzos de los años ochenta, que marcaba el giro que iba del acontecimiento capturado por la cámara —clásico objetivo de la información—, a la producción del acontecimiento *para la cámara*.

2. En la Argentina, su aparición se produjo en 1993 con dos programas, *Ocurrió así*, en el entonces Canal 2, y *Amanecer/Anochecer*, conducido por Mauro Viale, en ATC. En el rubro podrían incluirse un famoso programa radial/televisivo, *Té escucho*, con Luisa Delfino, donde la gente llamaba para confiar sus problemas; *Justicia para todos*, que condujo María Laura Santillán, y, con la misma animadora, *Causa común*. Una especie de *reality show* jurídico, para dirimir en cámara conflictos domésticos y vecinales, *Forum* (1997), fue conducido asimismo en Canal 13 por el ex fiscal Luis Moreno Ocampo, cuyo ejemplo fue quizás emblemático, por cuanto su figura, respetable en sus ámbitos específicos, no pudo resistir sin embargo la banalización que imponen las reglas del género. La exaltación de la minucia privada derivó luego hacia el *talk-show*, del cual participan, según los programas, tanto famosos como desconocidos. En rigor de verdad, un porcentaje enorme de la programación televisiva transita hoy, en mayor o menor medida, por estos carriles.

3. El número de la revista *Critical Inquiry* (1998) está dedicado enteramente a analizar la nueva *intimacy*, que se presenta como terreno contradictorio donde se afirman, a la vez que tendencias —institucionales— terapéuticas que apuntan evidentemente al autocontrol —entre las cuales, y además de las infinitas variables psico/psicoanalíticas, de autoayuda, dietéticas, corporales, etc., revistan también las variantes del *talk show*—, otros criterios divergentes y hasta disruptivos, de vidas posibles. Al respecto, Laurent Berlant en la introducción señala la supervivencia de la

interioridad como verdad, en tanto “tener una vida” es equivalente a “tener una vida íntima” (1998: 281-288).

4. Esta “personalización”, que ya se insinuó en los años sesenta con el auge de la publicidad y de los medios de comunicación masiva, donde la imagen del candidato —“vendida” como un producto del mercado— venía a ocupar el lugar de la ideología, el proyecto político, lo programático, inquietó diversamente a sociólogos y teóricos políticos —Richard Sennett, el propio Habermas, etc.— y tomó “cuerpo” en los años ochenta, con el giro de la mediatización. Eliseo Verón se había referido especialmente a esta cuestión analizando la construcción de la *performance* mediática de Mitterrand en la campaña presidencial de 1981.

5. Quizá por la neutralización del discurso político contemporáneo tras la desaparición de los bloques antagónicos Este/Oeste, que tornó difusa la categoría constitutiva de “enemigo”, por esa abrumadora semejanza de posiciones donde ya no se distingue la orientación ideológica o programática, la indagación sobre las pasiones en política ha adquirido un renovado interés. Al respecto véase Mouffe (1999).

6. Tomamos el concepto de hegemonía de la definición que de él formularon Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, como una articulación contingente por la cual un contenido “particular” pasa a investirse como “universal”, apareciendo así como el nombre de una plenitud ausente, que es en verdad irreductible a la autorrepresentación. Esta relación hegemónica así entendida, que lleva la marca de una historicidad, es siempre antagónica, está sujeta a pugna y enfrentamiento, es susceptible de ser desafiada, de surgir (como *contrahegemonía*) a través de una lógica equivalencial de diferencias que resignan en algún momento su carácter “particular” para asumir una valencia (un contenido) común. En este escenario móvil, donde aparece como relevante el eje de la temporalidad, los dos términos en conflicto *comprometen* (es decir, aceptan el riesgo de verse transformados) recíprocamente su propia “identidad” (Laclau 1996).

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AMIEL, V., CHAMBAT, P., EHRENBURG, A. y LEBLANC, G. (1993) “Les *reality shows*, un nouvel âge télévisuel?”, *Esprit* 188 (1), 5-81.
- AA.VV. (1998) “Intimacy”, *Critical Inquiry* 24 (2), 281-611.
- ARENDT, H. (1974) *La condición humana*. Barcelona: Seix Barral.
- ARFUCH, L. (1994) “Políticas del cinismo”, *Orígenes* 15, 2-5.
- (1995) *La entrevista, una invención dialógica*. Barcelona: Paidós.
- (1996) “*Reality shows*, cynisme et politique”, *Discours Social/Social Discourse* 8 (1-2), 179-189.
- BAJTÍN, M. (1982) *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.

- BERLANT, L. (1998) "Intimacy: a special issue", *Critical Inquiry* 24 (2), 281-288.
- DERRIDA, J., STIEGLER, B. (1996) *Échographies de la télévision*. París: Galilée-INA.
- ELIAS, N. (1987) *El proceso de civilización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (1991) *La société des individus*. París: Fayard.
- HABERMAS, J. (1994) *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona: Gustavo Gili.
- LACLAU, E. (1996) *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel.
- MOUFFE, Ch. (1999) *El retorno de lo político*. Barcelona: Paidós.
- RANCIÈRE, J. (1996) *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- TABACHNIK, S. (1997) *Voces sin nombre. Confesión y testimonio en la escena mediática*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.

#### ABSTRACT

*In this paper we take a critical look at the reconfiguration of contemporary public space through the relations between public/private and political as determinant signifiers, and underline the increasing relevance of the private sphere in the constitution of a "public intimacy" —with some examples from Argentinean reality shows. We also point towards some crucial changes in political discourse and politics itself, centered in a prevalent way in the personalization of candidates. From this point of view, the traditional distinction between public and private is affected by contingency, mutual displacements and undecidability.*

Leonor Arfuch es doctora en Letras de la Universidad de Buenos Aires y profesora titular e investigadora de la misma Universidad. Se especializa en semiótica, análisis del discurso y crítica cultural. Ha publicado *La entrevista, una invención dialógica* (1995), *Crímenes y pecados. De los jóvenes en la crónica policial* (1997), y, en co-autoría, *Diseño y comunicación. Teorías y enfoques críticos* (1997). Tiene además en vías de publicación, *El espacio biográfico. Ensayo sobre la subjetividad contemporánea*, y, como compiladora, *Identidades, sujetos y subjetividades*. E-mail: larfuch@fadu.uba.ar

## PODER DE LA PALABRA O LA INFORMACIÓN COMO CONTINUACIÓN DE LA POLÍTICA POR OTROS MEDIOS

SANTOS ZUNZUNEGUI

*Tenemos que luchar contra el periodismo, contra las palabras equivocadas.*

Nanni Moretti (en *Palombella Rosa*)

### 1. EL ÁMBITO COMUNICATIVO

Puede ser útil comenzar este texto por una impugnación de la idea que tiende a contemplar a los medios de comunicación de masas como factores esenciales en la difusión de la información, como instrumentos a través de los cuales se constituye y fluye lo que ha venido denominándose "comunicación social". Algo más razonable puede ser considerar a los medios de comunicación de masas como otro de los lugares en los que toman forma los *discursos sociales constituidos*, como espacios en los que la información se *escribe*, o mejor aún se *inscribe*, produciendo y modificando el imaginario social. En este sentido puede decirse que, junto con los discursos de enunciado *fuerte* (el discurso político y el publicitario, sin ir más lejos), el mediático pertenece al reino de los *discursos flotantes* (de enunciados *difusos*) y guarda relación con la constitución de esa figura elusiva que se denomina *opinión pública*.

Partiendo de estas premisas se puede proceder a revisar el discurso tradicional que asigna a los medios de comunicación de masas cuatro funciones